

EL MENSAJE DEL SIDA A LA LUZ DEL NUEVO RITUAL DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Réflexions sur le mystère de Dieu et la crise du sida, Église et Théologie 23 (1992) 305-324

El 30 de noviembre de 1972 Pablo VI aprobó y promulgó la Constitución Apostólica Sacram Unctionem Infirmorum y con ella el nuevo ritual de la unción de los enfermos. Las numerosas revisiones del antiguo ritual son un testimonio del importante cambio que ha experimentado la comprensión del sacramento. El antiguo ritual subrayaba el momento mismo de la muerte. En cambio, el nuevo se concentra sobre la experiencia de la grave enfermedad que vive la persona, independientemente de su desenlace.

A la luz de la historia de la tradición cristiana de la unción de los enfermos y de la fenomenología contemporánea de la enfermedad, se ha señalado que el nuevo ritual apuesta por la sacramentalidad de la enfermedad o, mejor todavía, del misterio que se revela en la persona enferma que vive esta experiencia. El acento recaería no sobre la curación, el perdón o la preparación para la muerte, sino sobre la persona que, mediante la experiencia de la enfermedad, descubriría, de una forma peculiar, a Dios y lo revelaría a la comunidad. Todos los demás factores cristalizarían en torno a este centro.

Esta interpretación descansa sobre una noción de la sacramentalidad que toma en serio la corporeidad humana. Así, los sacramentos tienen sentido por nuestro ser-en-el-mundo y no por algo añadido a la naturaleza humana; en el caso de la unción de los enfermos, por su capacidad de provocar una pregunta sobre el sentido último de la vida y de la muerte. Las ciencias sociales han demostrado que la experiencia de la enfermedad incluye, además del enfermo, a todos los que son afectados por la enfermedad -familia, amigos, personal sanitario- y así el sacramento los abarca también a todos.

¿Qué tiene que ver el SIDA con el sacramento de la unción de los enfermos? El modo como el sacramento mira a la enfermedad -como un momento revelador- muestra que toma en serio toda enfermedad, incluido el SIDA. Si la enfermedad es un aspecto de nuestro ser-en-el-mundo, el SIDA ofrece una situación sin precedentes de la experiencia humana de la enfermedad. Al incluir no sólo a los enfermos, sino también a su entorno, el sacramento es muy apto para afrontar el SIDA, que, como epidemia, afecta ya a toda la comunidad humana. De ahí que nos proporcione una buena base de reflexión.

Si la enfermedad es lugar de la revelación de Dios ¿qué dimensiones de este misterio nos revela el SIDA? El nuevo ritual nos ayuda a descubrirlas. Por esto procederemos en dos etapas. En la primera trazaremos los rasgos distintivos del SIDA. Porque el perfil que de nuestro ser-en-el-mundo dibuja el SIDA determina, en gran parte, la configuración de la revelación de Dios, como la formulación de una pregunta determina ya, en gran parte, la respuesta. En la segunda abordaremos los textos bíblicos sugeridos por la celebración de la unción de los enfermos, para discernir qué imágenes de Dios revelan estos pasajes como "respuesta" bíblica a la realidad humana del SIDA.

I. EL PERFIL DEL SIDA

Por su complejidad, el SIDA no puede ser captado por un solo modelo interpretativo. Para mayor claridad, un número creciente de autores distingue entre afección y enfermedad. Según Mirko D. Grmek, la enfermedad es "la experiencia de estar enfermo, vivida por el/la paciente y percibido por su entorno". La afección, en cambio, denota "la condición patológica, como concepto interpretado en el marco de un sistema nosológico". Además, como fenómeno transmisible y considerablemente extendido, el SIDA es también una epidemia.

El SIDA como afección

Desde el punto de vista biomédico, el SIDA es un virus que afecta progresivamente el sistema inmunológico. Los afectados no mueren del SIDA como tal, sino de lo que se ha llamado infecciones sobrevenidas, a las que el cuerpo se hace cada vez más sensible. Además, el SIDA puede dañar el sistema nervioso, hasta la demencia o la pérdida de las funciones motrices o sensoriales. El SIDA se contagia por el esperma, las secreciones vaginales o la sangre. El período de latencia es largo y uno puede ser portador del SIDA sin saberlo. La persona infectada lo será para toda la vida.

A las preguntas de "¿por qué el SIDA?" y "¿por qué ahora?", responde Grmek que el SIDA es el resultado de una combinación de factores biológicos, sociales y culturales, que facilitan las condiciones necesarias para el desarrollo del virus. Al eliminar la viruela, la tecnología médica ha facilitado un cambio del equilibrio milenario de las afecciones, que ha permitido a un virus, probablemente antiguo, crecer sin inhibiciones. También lo han favorecido las transfusiones sanguíneas y las inyecciones intravenosas. La mezcla de los pueblos, sobre todo después de la segunda guerra mundial, y la liberalización de las costumbres sexuales son factores socioculturales que han tenido también un gran papel en la difusión mundial de la afección.

El perfil biomédico del SIDA como afección subraya una faceta olvidada de nuestro ser-en-el-mundo: los seres humanos forman parte de la vida biológica del planeta. El SIDA nos recuerda que nosotros *somos* naturales. Tanto por la tecnología biomédica como por el comportamiento sexual, estamos implicados en la vida biológica del planeta.

El SIDA como enfermedad

El planteamiento aséptico e impersonal de la ciencia sobre el SIDA debe ser completado con la experiencia personal de la enfermedad, que incluye las personas enfermas, sus familias, amigos, personal sanitario, etc. A los sufrimientos físicos hay que añadir la angustia psicológica y moral que resulta del rechazo y la discriminación social. Si las personas enfermas experimentan alienación y pérdida de la perspectiva de futuro, cuánto más los enfermos de SIDA, condenados casi siempre a una muerte "prematura".

En el plano espiritual, la pregunta de "¿por qué yo?" expresa la desorientación, y la relación del "yo" con los valores últimos se hace extremadamente urgente. Desde el punto de vista del sufrimiento, el SIDA se situaría al nivel de la viruela, de la peste y de

la lepra en su capacidad de amenazar y de dañar la experiencia humana, y de plantear cuestiones sobre la naturaleza de la vida y su sentido.

El SIDA como epidemia

Por razón de su carácter transmisible y su largo período de latencia, algunos lo han llamado "pandemia". No se conocen todavía ni remedio ni vacuna. Los especialistas de las ciencias sociales estudian el impacto del SIDA en todas las instituciones sociales importantes: médica, económica, legal, cultural, religiosa. Hay que hablar de una época *ante* SIDA y de otra *post* SIDA.

El carácter epidémico del SIDA ha trasladado el sufrimiento y la enfermedad al terreno de la plena conciencia pública. El SIDA como epidemia mundial evidencia la unidad fundamental de la humanidad: de un lado, todo individuo ha de ser visto como un agente potencial de transmisión de la afección; y de otro, existe la conciencia creciente de una responsabilidad hacia sí mismo y hacia los otros.

Las cuestiones fundamentales sobre el sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, suscitadas por el SIDA, no son nuevas. Pero toman un aspecto único y una intensidad sin precedentes en los tiempos modernos. ¿Qué puede revelarnos con respecto a Dios esta experiencia dolorosa? Para intentar una respuesta a esta cuestión, veamos las lecturas bíblicas propuestas para la celebración del sacramento de la unción de los enfermos.

II. LA REVELACIÓN DE DIOS

El ritual revisado de la unción de los enfermos propone la lectura de un texto bíblico, de entre cincuenta y cinco pasajes del A. y N.T. Escoger aquí las lecturas según que se refieran más o menos a la realidad del SIDA, podría impedir que las Escrituras se expresen por sí mismas. Es preferible dividir la selección bíblica propuesta en cuatro grupos, según la realidad que acentúan.

Podemos considerar, ante todo, tres géneros de textos: los que expresan la experiencia de la condición humana; los textos kerigmáticos en los que se anuncia la compasión de Dios, y los textos "teológicos" de los escritos apostólicos del NT, que interpretan y actualizan el misterio pascual en la vida de los cristianos. Otros cinco pasajes evangélicos, que forman un cuarto grupo, subrayan la persona de Jesús mismo, que ha tenido plenamente la experiencia de la condición humana, sufriendo y muriendo antes de resucitar.

Transcender las "ortodoxias" tradicionales

De los seis pasajes del AT del primer grupo, los del libro de Job son especialmente pertinentes en el caso del SIDA. Job deplora, tanto su desgracia personal como la condición humana en general.

"Muera el día en que nací...

¿Por qué dio luz a un desgraciado

y vida al que la pasa en amargura
al que ansía la muerte que no llega?"

"El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio sus días son los de un jornalero" (3,3. 20-21; 7,1).

Hay que notar el contexto de estos extractos a la luz del conjunto del libro. Los pasajes escogidos son parte de una serie de discursos en que Job acusa a Dios a partir del lado sombrío de la condición humana. La idea central es el debate entre Job y sus interlocutores sobre cómo comprender a Dios a la luz de la situación humana de sufrimientos desconcertantes. ¿Qué Dios permitiría o, más exacta y escandalosamente, causaría tal sufrimiento en un hombre irreproachable?

Al intentar justificar el trato que da Dios a la humanidad, los amigos de Job representan la ortodoxia de la época. Sus principios son: Dios es justo y todo sufrimiento se debe al pecado; si Job sufre, es que ha pecado. Pero las objeciones apasionadas de Job a esa visión simplista demuestran que si el Dios que defienden sus "sesudos" amigos es así, entonces Dios es un tirano inmoral e injusto. Dios es engañado por Satanás, que le lleva a herir a Job, a dañar tanto al inocente como al culpable y a acechar a los seres humanos, de modo que no puedan gozar libremente de la vida.

A pesar de todo, Job mantiene su integridad y no da su brazo a torcer ante esas falsas concepciones de Dios. Dios se dirige a Job desde la tormenta sin dar ninguna respuesta al enigma del sufrimiento humano. Dios confunde a Job y le exige una respuesta, pero finalmente lo elogia porque "ha hablado rectamente de mí" y reprende a los amigos de Job que han hecho tantos esfuerzos para defender los caminos de Dios. Así se reivindica el desafío de Job a la ortodoxia. Las categorías teológicas tradicionales son inadecuadas para llegar al fondo del "Dios" de la experiencia humana.

Este debate sobre Dios en el libro de Job, la oposición entre los puntos de vista ortodoxos sobre Dios y la experiencia que Job tiene de Dios como misterio insondable, tiene su paralelo en la crisis actual del SIDA. En este punto hay un buen número de "ortodoxias" inadecuadas sobre los caminos de Dios sobre la humanidad. No se puede ya sostener que el SIDA es un castigo de Dios sobre la humanidad. Si así fuera, Dios castigaría al azar toda clase de personas: hemofílicos, drogadictos, lactantes, homosexuales, heterosexuales, etc. Si el SIDA es un castigo, ¿a qué pecado correspondería? Dada su base biológica, ¿recaería sólo en el comportamiento sexual? ¿o resultaría acaso un castigo del orgullo desmesurado de la humanidad que altera las realidades biológicas? En este caso, la técnica de las transfusiones sanguíneas, que ha permitido salvar tantas vidas ¿cómo va a ser la causa de tal castigo?

Tan inadecuado sería considerar el SIDA como un castigo, como decir que hay "víctimas inocentes" del SIDA, ya que esto implica que otros son "culpables". La naturaleza escondida del virus, como su período de latencia, invalidan toda culpabilidad personal. Uno de los efectos deletéreos del uso de los términos "culpable" o "inocente" consiste en orientar los recursos hacia las "víctimas inocentes", estrategia que dificultaría la capacidad de la sociedad en el control de la epidemia.

¿Puede reducirse el SIDA a un medio de conversión? La complejidad extraordinaria de la afección y los sufrimientos que causa no cuadran con que la conversión sea su primer

objetivo. ¿Y los niños nacidos con el SIDA o aquellos a los que produce demencia? En ninguno de estos casos tiene sentido hablar de conversión.

Las tentativas encaminadas a encontrar el "valor redentor" del SIDA, aunque estimulantes, resultan inadecuadas ante la amplitud de la afección. Por ejemplo, la basada en la historia de las epidemias, según la cual, gracias a una selección natural, los hombres adquieren una resistencia biológica al virus del SIDA, asegurando así la supremacía de la especie humana. Es un pobre consuelo para los que han perecido. Si se dice que no han muerto en vano, se sacrificaría la vida individual al bien de la especie.

Una vez se ha visto que las maneras ortodoxas de comprender la razón por la que Dios permite el sufrimiento resultan insuficientes, sólo es honesta la respuesta de Job ante el misterio de Dios:

"Me taparé la boca con la mano...
Hablé de grandezas que no entendía,
de maravillas que superan mi comprensión" (Jb 40,4b; 42,3b)

Es preferible guardar silencio ante el sufrimiento que decir falsedades. Más vale callar que decir frases manidas, como "Dios escribe recto con líneas torcidas" o "no hay mal que por bien no venga". El carácter apremiante de las preguntas sobre los fines últimos planteadas por el SIDA hacen de la experiencia contemporánea de Dios una experiencia no mediatizada por las imágenes tradicionales del modo como Dios actúa en medio de nosotros. El SIDA desafía estas ortodoxias sobre el sentido del sufrimiento. Los pasajes del AT propuestos para el sacramento de la unción nos hacen responder con una fe purificada en Dios, misterio más allá de nuestra imaginación, que no se deja captar por las ortodoxias tradicionales.

Anunciar un porvenir

El siguiente grupo de textos constituye un abanico de géneros: oráculos, bienaventuranzas, relatos de curaciones, parábolas. Pero existe un denominador común: Dios o Jesús habla o actúa. Estos textos no parece que tengan que ver con la crisis del SIDA. ¿Qué tiene que ver un relato de curación con una afección incurable que provoca la muerte prematura de decenas de miles de personas? O los oráculos de la restauración escatológica de Sión ¿qué tienen que ver con el azar biológico de una epidemia que desafía la tecnología médica más avanzada?

Como en el caso de Job, que no ha recibido respuesta directa a la cuestión del sufrimiento, estos pasajes "responden" de un modo indirecto y desconcertante: Dios responde proclamando un porvenir, un "mundo por venir", como en los oráculos de Isaías y en las bienaventuranzas. Los curados por Jesús o en nombre de Jesús son devueltos a la salud "en el mundo presente", ya que enfermarán y morirán. Estos relatos son signos de una salvación escatológica, donde la enfermedad y la muerte serán eliminadas.

La estrategia divina de prometer un porvenir a la condición humana actual tiene importantes consecuencias. El hecho de anunciar un porvenir relativiza el presente. Un porvenir prometido desafía el reduccionismo de la inteligencia humana sobre las únicas

bases de la biología, la sociología o la psicología. Dios aparece como el misterio de un porvenir más allá de toda imaginación.

El horizonte de esperanza abierto por el porvenir prometido crea la posibilidad de una acción significativa en el presente. Las parábolas sugieren cómo los discípulos han de esperar el Reino: al servicio unos de otros en la plegaria paciente: "Lo que hicieréis a los más pequeños de mis hermanos, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 31-40). Así la promesa que se hace de un porvenir puede reconfortar a las familias, amigos y personal sanitario.

Abrazar el presente

Las cuestiones que plantea el SIDA son ingentes y urgentes. ¿La muerte de tanta gente es una fatalidad? ¿Su sufrimiento y su muerte son inútiles y sin sentido? ¿Es todo ello una experiencia de la ausencia de Dios? Con estas cuestiones a la vista, abordemos ahora las últimas selecciones de textos bíblicos propuestas por el nuevo ritual.

La primera comprende pasajes de los Evangelios sobre la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús, en que se ve cómo Jesús mismo ha experimentado el sufrimiento y la muerte, como todo hombre. A diferencia del libro de Job, el NT sí da la respuesta de Dios al enigma sobre el sufrimiento y la muerte. Pero la respuesta de Dios se presenta en forma de misterio. La respuesta es que Jesús abraza totalmente la condición humana, y el rostro de Jesús es el de Dios para nosotros.

Entre las múltiples facetas de este misterio pascual, lo que sigue le concierne más directamente al SIDA. La identificación íntima de Dios con la humanidad en Cristo es el acontecimiento que permite a los sacramentos extraer su significado sacramental de nuestro ser-en-el-mundo. Los sufrimientos y la muerte de Jesús palpitan en las cartas apostólicas, de donde se sacan los extractos del último grupo. "No tenemos un gran sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; ha sido probado en todo a nuestra semejanza" (Hb 4,15).

Resucitando a Jesús crucificado, Dios ha invertido la evaluación humana de Jesús, como el hombre "despreciado y evitado por los hombres (...) ante el cual se ocultan los rostros (Is 53,3). Sobre la fuerza de esta manifestación de amor misterioso se basa la intuición cristiana de que aun los pobres y marginados por causa del SIDA son preciosos a los ojos de Dios. "¿Quien nos separará del amor de Cristo?, ¿dificultades, angustias, persecuciones, hambres, desnudez, peligros, espada? (...) Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura [incluido el SIDA] podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rm 8,35.38-39) El amor de Dios está misteriosamente presente en los lugares más inverosímiles, en el sufrimiento de los que son despreciados y rechazados a causa del SIDA.

Conclusión

Dice John Snow: "El SIDA tiene un modo particular de no dejarse banalizar". Como afección, enfermedad y epidemia, el SIDA subraya verdades profundas sobre la

condición humana, que las sociedades modernas tienden a marginar y reprimir. Las cuestiones urgentes sobre el sentido y el fin de nuestro ser-en-el-mundo, que suscita el SIDA, implican, al menos para los creyentes, la cuestión de Dios.

El diálogo entre el SIDA y el sacramento de la unción de los enfermos revela que, así como el SIDA no admite la banalización, Dios es un misterio que tampoco permite ser banalizado. Este misterio, que está más allá de nuestra imaginación, rechaza que el SIDA sea absolutizado, ya que este Dios que nos llama a la fe más allá de nuestras ortodoxias habituales, nos hace esperar más allá de nuestra comprensión del presente, y abraza totalmente nuestra condición humana, incluido el sufrimiento y la muerte.

Puesto que los sacramentos son actos de la comunidad de creyentes, el modo como el sacramento de la unción de los enfermos tiene en cuenta el SIDA, suscita algunas reflexiones sobre el comportamiento cristiano. Ante todo la Iglesia, aunque forma parte del mundo moderno, es portadora de una tradición antigua. Importa que la Iglesia mantenga un diálogo entre la tradición y la experiencia vivida. En segundo lugar, entre el SIDA y el sacramento nos recuerdan que la Iglesia es portadora del misterio de Dios y del misterio de nuestro ser-en-el-mundo. En cuanto tal, ha de velar para que estos misterios no sean oscurecidos por un reduccionismo, venga del interior o del exterior.

Finalmente, las "imágenes" de Dios no son nunca indiferentes, ya que influyen sobre la conducta. La revelación de Dios que resulta del diálogo entre el SIDA y el sacramento sugiere que, liberados por la fe de las ortodoxias inadecuadas sobre el sentido del sufrimiento, los cristianos estarán menos inclinados a añadir a la angustia causada por el SIDA, una falsa culpabilidad. Abiertos al porvenir misterioso de Dios, los cristianos podrán ser un signo de esperanza y aportar una visión clara a un presente oscuro. Convencidos del amor misterioso de Dios por la humanidad, como lo atestigua la pasión, muerte y resurrección de Jesús, los cristianos podrán abrazar el ser-en-el-mundo en todos sus aspectos, incluido el SIDA, y verlo como un algo sacramental, es decir, como experiencia del misterio de Dios.

Tradujo y extractó: TEODORO DE BALLE